

J'et boe!

2026

Cruce de caminos



Revista 'J'et Be' es una publicación del Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil

San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 2026.

Cuidado de edición: Claudia Ramos Guillén

Diseño de Portada: Rosa Bejarano

Divulgación y comunicación: Rosa Bejarano

Fotografías de este número: archivo fotográfico Moxviquil.

Todos los textos de esta publicación llevan la siguiente licencia excepto cuando se especifique lo contrario

CC BY 4.0

© Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil

© de los textos y fotografías de las y los autores

www.iesdhs.edu.mx | www.moxviquil.org

Los primeros pasos de un becerro en apuros: reflexiones sobre la construcción de un yo ambiental

Manuel André Lastra Ramírez

**MANUEL ANDRÉ LASTRA
RAMÍREZ**

Zootecnista. Estudiante de la
Maestría en Educación y
Comunicación Ambiental
Participativas (ECAP). IESDHS
Moxviquil.

Hay algo profundamente torpe y al mismo tiempo profundamente hermoso en los primeros pasos de un becerro. Cuando nace, su cuerpo aún no entiende el mundo. Las patas tiemblan, el equilibrio parece imposible y cada intento de caminar es una negociación entre la gravedad y la voluntad de mantenerse en pie. Durante unos minutos —a veces más— el becerro parece perdido dentro de su propio cuerpo, como si no supiera todavía qué hacer con la vida que acaba de comenzar.

Siempre me ha parecido que algo parecido ocurre con nosotros cuando intentamos comprender quiénes somos en relación con el lugar del que venimos.

Durante muchos años respondí sin pensar que era de Tuxtla Gutiérrez. Era una respuesta rápida, casi automática, una forma breve de situarme frente a los demás. Decir que era de la ciudad parecía suficiente. Sin embargo, con el tiempo comprendí que aquella respuesta no hablaba realmente de geografía. Hablaba de una distancia que yo mismo había construido entre mi historia y el territorio que la había hecho posible.

Mi vida siempre se sostuvo sobre dos territorios. Uno visible y otro oculto. El visible era la ciudad: el ruido constante, el movimiento continuo, las luces que parecían prometer un futuro más grande que cualquier historia familiar. El otro territorio era el campo. No era invisible porque no existiera, sino porque yo prefería no nombrarlo demasiado.

En el campo vivían mis abuelos. Ahí estaban los ranchos familiares. Ahí se encontraba una parte importante de la historia de mi familia. Sin embargo, durante mucho tiempo ese origen se sentía frágil, como algo que podía ser juzgado.

Decir que era de la ciudad era, en cierto modo, una forma de mantenerme en pie sin tambalear.

Crecí, como muchos otros jóvenes, escuchando que el campo representaba atraso, que el verdadero progreso estaba en las ciudades, que estudiar era una forma de escapar de la tierra. Poco a poco interioricé esa mirada sin cuestionarla. Negar el campo era también intentar pertenecer a otro lugar.

Pero el territorio tiene una forma particular de permanecer en el cuerpo. Aunque uno deje de nombrarlo, sigue respirando en la memoria.

Mis recuerdos más claros no están en avenidas ni en plazas urbanas. Están en la casa de mi abuela, en los ranchos familiares, en las mañanas donde el aire huele distinto y los animales comienzan a moverse antes de que el sol termine de levantarse. Recuerdo a mi padre explicándome cómo funcionaba la engorda del ganado, cómo cada decisión sobre la alimentación influía en el crecimiento de los animales, cómo el manejo del rancho implicaba una serie de conocimientos que solo se

comprenden con el tiempo.

Yo escuchaba aquellas explicaciones con atención, aunque muchas veces no entendiera del todo lo que significaban.

Hoy sé que en esas conversaciones se transmitía algo más que información técnica. Se transmitía una manera de comprender el mundo.

La propuesta pedagógica de la metodología Moxviquil sugiere precisamente que el conocimiento no surge únicamente de teorías abstractas, sino también de las experiencias vividas en territorios concretos. Desde esta perspectiva, el proceso educativo comienza cuando reconocemos que nuestra historia personal forma parte del conocimiento. El sujeto que aprende no es un observador distante del mundo, sino alguien situado dentro de él.

Pensar mi propia historia desde esta perspectiva me llevó a reconocer algo que durante mucho tiempo había pasado desapercibido: mi relación con el ambiente no comenzó con lecturas académicas ni con discursos sobre la crisis ecológica. Comenzó mucho antes, en experiencias aparentemente pequeñas que ocurrieron en el campo.

Pero comprender esto fue un proceso lento.

A veces pienso que mi relación con el campo se parece a la de ese becerro que intenta levantarse por primera vez. Durante un tiempo largo uno no sabe bien hacia dónde caminar. Intenta sostenerse en lugares que parecen firmes, aunque en realidad no lo sean del todo.

Durante mi infancia el campo era simplemente un escenario. Un lugar donde había animales, donde el tiempo parecía moverse de otra manera. La conciencia llegó después, como suelen llegar muchas revelaciones importantes: tarde y de manera inesperada.

El campo como conocimiento: un aprendizaje en el territorio

Uno de los momentos que más marcó ese proceso ocurrió cuando trabajé como encuestador del Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recorrer distintas comunidades rurales y conversar con productores me permitió observar una realidad que hasta entonces no había dimensionado completamente.

La mayoría de ellos tenía más de setenta años.

Aquellas visitas dejaron en mí una sensación difícil de describir. Cada productor representaba décadas de conocimiento acumulado: decisiones tomadas frente al clima, frente a la tierra, frente a los animales que dependían de su cuidado. Sin embargo, en muchos casos no había jóvenes dispuestos a continuar ese trabajo.

Salir de algunas de esas entrevistas era como caminar por una biblioteca que lentamente comenzaba a quedarse sin lectores.

La crisis del campo no es únicamente económica. También es cultural y simbólica. Muchos jóvenes aprenden a mirar el campo con distancia, incluso con desprecio. Se alejan de él no solo por falta de oportunidades, sino porque han aprendido que el verdadero valor se encuentra en otros lugares.

Yo mismo participé de esa distancia durante muchos años.

Comprender esto fue como mirar hacia atrás y descubrir que, mientras intentaba caminar hacia otro lado, había estado dejando atrás una parte importante de mi propia historia.

Mi formación profesional como zootecnista me llevó a enfrentar estas tensiones desde otro lugar. Durante mis primeros años de formación pensaba la producción animal principalmente desde una

lógica de eficiencia productiva. Criaba conejos en sistemas de jaulas porque así lo indicaban los manuales técnicos y porque ese modelo era ampliamente aceptado dentro de muchos sistemas de producción.

Durante mucho tiempo no cuestioné esa práctica.

La productividad era el criterio principal. Los animales eran evaluados en función de su crecimiento, de su rendimiento, de su capacidad de producir más en menos tiempo.

Pero con el paso de los años comenzó a surgir una incomodidad difícil de ignorar.

Recuerdo el momento en que observé a esos animales y pensé que algo no encajaba.

Aquella incomodidad no surgía de una teoría ambiental aprendida en libros. Surgía de una sensación más profunda: la intuición de que producir alimentos no podía implicar ignorar completamente el bienestar de los seres vivos con los que trabajamos.

Ese momento marcó un punto de quiebre.

Comencé a interesarme por el bienestar animal, por sistemas de producción sin jaulas, por modelos regenerativos que buscan devolver al suelo parte de lo que reciben de él. Empecé a comprender la tierra no como una superficie explotable, sino como un organismo vivo que responde a la forma en que nos relacionamos con él.

Este proceso transformó mi manera de entender la producción agropecuaria.

Hacia una producción con sentido territorial

En muchos debates contemporáneos, la ganadería aparece representada únicamente como un problema ambiental. Se habla de emisiones de gases de efecto invernadero, de deforestación o de degradación de los suelos. Estos problemas existen y deben ser tomados en serio. Sin embargo, reducir la discusión a una oposición simple entre producción animal y sostenibilidad ambiental puede resultar simplificador.

La producción pecuaria no es una práctica homogénea. Existen sistemas altamente industrializados que generan impactos significativos sobre los ecosistemas, pero también existen experiencias agroecológicas, modelos pastoriles y propuestas regenerativas que buscan integrar la producción de alimentos con el cuidado del territorio.

Desde esta perspectiva, el desafío no consiste necesariamente en abandonar la producción agropecuaria, sino en transformarla.

Pensar la producción desde el yo ambiental implica reconocer que la tierra no es simplemente un recurso económico. Es un entramado de relaciones del que formamos parte. Nuestra forma de producir alimentos refleja no solo decisiones técnicas, sino también valores éticos y culturales.

Sin embargo, también es necesario evitar una idealización romántica del campo. Los territorios rurales no son espacios naturalmente armónicos ni libres de conflictos. En ellos también existen desigualdades sociales, tensiones económicas y prácticas productivas que pueden generar impactos ambientales negativos.

Reconocer el valor cultural del campo no implica negar esas contradicciones. Implica enfrentarlas con honestidad.

Para mí, este proceso también ha significado una reconciliación con una parte de mi propia historia.

Durante muchos años intenté distanciarme del campo porque pensaba que representaba algo que debía superarse. Hoy comprendo que en ese intento también estaba negando una parte importante

de lo que soy.

Tal vez comprender el propio yo ambiental se parece mucho a los primeros pasos de un becerro.

Al principio el cuerpo no entiende bien el terreno. Hay torpeza, dudas, incluso caídas. Pero poco a poco el equilibrio aparece. Las patas comienzan a sostener el peso del cuerpo. El animal aprende a caminar.

Reconocer el vínculo con la tierra es algo parecido.

No ocurre de un día para otro. Es un proceso de aprendizaje, de tropiezos, de reconciliaciones. Pero cuando finalmente uno logra sostenerse en ese reconocimiento, algo cambia profundamente en la forma de mirar el mundo.

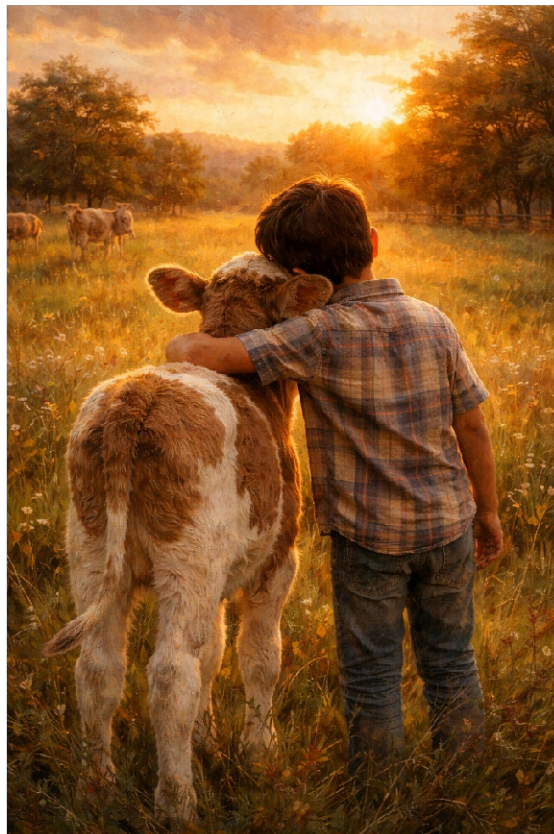
Entonces se vuelve evidente algo que antes parecía invisible: que nuestra historia personal está entrelazada con los territorios que habitamos, con los animales que nos acompañan y con la tierra que sostiene nuestra existencia.

Tal vez por eso la defensa del campo no es únicamente una cuestión productiva o económica. También es una forma de defender la memoria, la identidad y la posibilidad de construir formas de vida más justas.

Porque cuando el campo desaparece, no solo desaparece un paisaje.

También desaparece una parte de la historia que nos enseñó a caminar.

Y quizá reconocer eso sea, finalmente, el momento en que dejamos de tambalearnos y comenzamos a dar nuestros propios pasos sobre la tierra.



La relación con los animales y la tierra como origen de un yo ambiental. Imagen: archivo personal del autor.

Revista J'et Be'

es una publicación digital periódica del
Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil A.C.
San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 2026

www.iesdhs.edu.mx | www.moxviquil.org